

# Acosada y desprestigiada: la “historia” vista desde la “memoria”<sup>1</sup>

Javier Rodrigo  
Universitat Autònoma de Barcelona

## RESUMEN

pp. 133-139

Desde que en torno al cambio de milenio han cambiado sustancialmente las formas de rememoración e instrumentación del pasado de violencia en España, al socaire de las demandas de “memoria histórica” han aparecido también críticas públicas, endógenas y exógenas, hacia la profesión historiográfica. Lejos de valorarlas, este artículo se pregunta por los orígenes y connotaciones de las mismas y las analiza en un marco teórico derivado del estudio de los usos públicos del pasado.

**PALABRAS CLAVE:** Historiografía; Memoria; Uso público de la historia.

## ABSTRACT

**Harrassed and Discredited: “History” seen from “Memory”**

Since in the turn of the millennium the ways of remembering the past in Spain have significantly changed, taking advantage of the demands of “historical memory”, public endogenous and exogenous criticism to the historiographical profession have also appeared. Far from valuing them, this article aims to analyze their origins and connotations, by evaluating them within the theoretical framework derived from the study of public uses of the past.

**KEYWORDS:** Historiography; Memory; Public Use of History.

En un célebre poema, Eduardo Galeano termina preguntándose: ¿tenemos un espléndido pasado *por delante*? Para hablar de los debates en España en torno a la “memoria histórica”, que han llenado ya cientos de horas de cine, radio y televisión, miles de páginas de libros y diarios, y millones de minutos de las vidas de cientos de personas, sobra la interrogación. Sin embargo, no po-

cos debates sobre ese pasado tan sensible, doloroso y complejo, que necesita para nombrarse de eufemismos (como “represión”) o de metáforas (como la del “olvido”), se han tejido con los mimbres de la vulgarización, la reiteración, la obviedad, el lugar común y el reduccionismo. Hannah Arendt subtítulo su ensayo sobre el juicio a Eichmann *Un estudio sobre la banalidad del mal*, pero todo este

<sup>1</sup> El título de este breve artículo es un semiplagio más que explícito al de Juan José Carreras “La historia: triunfante y acosada”, texto incluido en sus *Seis lecciones sobre historia* publicadas por la Institución Fernando el Católico en 2002, pp. 49-63. He reducido deliberadamente al mínimo, en la medida de lo posible, el aparato teórico y bibliográfico. En relación con la temática general abordada en este artículo he publicado artículos y dirigido monográficos en revistas especializadas como *Ayer* o *Historia Social*, así como, hasta la fecha, cinco libros (y dirigido otros dos), como *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista* (2008). Mi último libro, de 2011, es *Santa Guerra Civil. La guerra del 36 y sus relatos*, sobre las interpretaciones históricas y actuales sobre la guerra española del 36-39.

largo debate sobre la “memoria histórica” ha conseguido darle la vuelta a su propuesta. En España lo que ha proliferado ha sido el *mal de la banalidad*.

Entre los diferentes elementos que han constituido esa vulgarización se halla una crítica genérica hacia la historiografía académica, observada con creciente intensidad por los usuarios y cultores de la “memoria” con abierto recelo. La incapacidad propia de la historiografía a la hora de proporcionar productos culturales coherentes con su contexto, del que se vuelve a veces impermeable, la deficiente estructura universitaria española tanto en los terrenos de la investigación como en los de la divulgación social del conocimiento, y, por fin, la percepción del historiador extendida en las sociedades occidentales según la cual su trabajo *debería* tener una función social prometeica, coherente con la importancia del pasado y de sus relatos en la construcción de las identidades del presente, han situado la narración historiográfica en el centro de muchas dianas. Lejos de descalificarlos, y aunque no siempre estén justificados, me propongo analizar esos recelos en el marco específico de la construcción de los relatos, narraciones e interpretaciones del pasado traumático, de sus empleos en el presente y de las funciones del trabajo del historiador<sup>2</sup>.

### ¿Acosada?

Para ello es necesario observar, si bien brevemente, el modo en que la narrativa memorialista ha alcanzado un rango de discurso asentado en la sociedad española. Entre 2000 y 2010 el debate de la “memoria histórica” en España ha vivido una evolución acumulativa de argumentos coherentes pero no homogéneos: una mirada a la vida pública del sintagma en lo que lleva-

mos de milenio nos mostraría el proceso recorrido entre la apertura de las primeras fosas comunes (y la inscripción en el Registro de Asociaciones de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica) hasta su judicialización, pasando por su elaboración política en forma de homenajes y leyes. Se trata, pues, de un sintagma cuyo significado ha mutado porque la realidad a la que alude es plural, compleja y permeable con otras realidades. Igual que en otras latitudes, el pasado que ha irrumpido en el presente ha sido el traumático, el que deja huellas imperecederas, el que abandona cadáveres y levanta monumentos a sus asesinos. Igual, aunque, claro está, con diferentes tiempos<sup>3</sup>.

Sintagma proteico, el de “memoria histórica” es posiblemente el oxímoron de mayor éxito introducido en las últimas décadas en la vida cultural e intelectual española, dado por bueno sin el cuestionamiento de sus aristas conceptuales. Su expansión y popularización semánticas y evocativas se han visto, de hecho, unidas a su vaciamiento de contenido teórico. Que el núcleo de todos los debates no pase de ser una metáfora desvestida prácticamente de contenido no parece, desde luego, poca cosa. Pero en ese rápido crecimiento de las narrativas sobre la memoria, el olvido, el homenaje, la institucionalización y, por fin, la judicialización del pasado de la Segunda República, el golpe de Estado de 1936, la Guerra Civil y la dictadura de Franco, esa dimensión epistémica ha quedado rápidamente en un segundo plano. De haber algún tipo de debate detrás de la cuestión de la “memoria histórica”, éste se situaría en su dimensión pública. Además de un relato, una (re)construcción de ese pasado de violencia, una narración atravesada a veces de presentismo y moralismo -perfectamente lógico, por otra parte, al articularse desde sentimientos de pérdida y luto-, el de

<sup>2</sup> Ricoeur, 1999 y 2003; Gallerano, 1995 y 1999. Desde España, el debate sobre los usos públicos lo abordaron Carreras y Forcadell, 2003, pp. 11-45.

<sup>3</sup> Para una contextualización del fenómeno: Losurdo, 1996; Peiró, 2004; Robin, 2003; Traverso, 2007; como ejemplos de una literatura imposible de contener en una sola nota al pie.

la "memoria" es también un conjunto de reclamaciones concretas que, vehiculadas en unos determinados usos públicos del pasado, demanda y reclama la socialización de una memoria, un relato colectivo público y estandarizado, que habría sido olvidado por la sociedad de la misma manera que la sociedad habría olvidado los cadáveres de las y los asesinados en la entonces llamada "zona nacional" a partir de julio de 1936. Desde su emergencia, algo ha quedado claro: que no es, pues no puede serlo, un pasado inane de consenso generalizado.

Aunque sus generadores tracen a veces una genealogía del mismo mucho mayor de la real para subrayar la continuidad del agravio que denuncia, se trata de un relato reciente: ha sido con el cambio de milenio, desde la bisagra del 2000, que ha comenzado en España esta era de la memoria. Suelen mencionarse, cuando se trata de cuestiones como la reivindicación de las víctimas del fascismo español, las primeras aperturas de fosas comunes tras la muerte de Franco, cuya naturaleza y realidad impiden hablar con propiedad de "ciclo". Suele abordarse el nacimiento y desarrollo de algunas asociaciones que, desde los años ochenta del siglo pasado, empezaron a reivindicar el lugar en la política española que merecían a su juicio las víctimas de la guerra. Pero trazar una genealogía con esos mimbres es proyectar hacia el pasado, si bien inmediato, problemáticas del presente más cercano. No hay genealogía, por más que algunos autores quieran verla, entre las reivindicaciones de los ochenta y noventa, la aparición de los primeros libros sobre la "represión" y la apertura de fosas comunes y todo lo que desde éstas se ha desarrollado. A lo sumo, puestos a buscar relaciones causales, algunos creemos que la sensibilidad favorable hacia la actual revisión judicial en clave humanitaria y contra la impunidad de los crímenes del franquismo se abonó en los meses de debate sobre el arresto de Augusto Pinochet en Londres, entre 1998 y 1999.

Su primer espacio fue el de la fosa común, desde el que la expresión "memoria histórica" saltó a los medios de comunicación y eclosionó en los discursos políticos.

A renglón seguido, su terreno fue el del cuestionamiento de los paradigmas políticos, culturales e ideológicos que derivaron en tales abandonos, el de los cuerpos y el de sus recuerdos. A día de hoy la "memoria histórica" es una cosmovisión que conjuga pasado, presente y futuro, una sintaxis interpretativa e, incluso, un marco estandarizado de opinión para el análisis de políticas, libros, películas, fuentes de información y un finito etcétera en "clave de memoria": de memoria de las víctimas de la "represión" o del "genocidio" franquista. Pero el de la emergencia -de la vivencia familiar a la social- de la noción de víctima en el presente es un fenómeno que solamente se comprende desde la concreción práctica y simbólica de *esas* víctimas, de sus cadáveres, y de sus familiares. Y desde ahí cobra sentido que este tema deba tratarse desde el gozne del cambio de milenio, pues la primera fosa abierta en este ciclo de exhumaciones data de 2000 y se debe al empeño del nieto de uno de los allí enterrados, Emilio Silva, después presidente de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica: la conocida como fosa de los Trece de Priaranza. Lo demás, se llame historiografía, judicatura, arte o narrativa, solamente es representación.

Y en el terreno de la representación, desde el momento en que se ha abierto el tiempo de la exégesis y la valoración, de la construcción del relato sin el cual el movimiento por la "memoria histórica" no se comprende, es donde han tenido lugar algunos de los debates más tensos, las descalificaciones más injustificables y las manipulaciones más evidentes -entre ellas, la imposición en bloque de los conjuntos semánticos memoria-izquierda-progresismo vs. olvido-derecha-reaccionarismo-. Entre esos debates, uno de los más acusados de cuantos han aparecido en el terreno público ha sido, desde el mismo nacimiento de la narración memorialística, la acusación genérica desde la "memoria" hacia "los historiadores" de falta de compromiso con la "verdad". De un relato no acosador se ha pasado a otro abiertamente acusador: la acusación genérica de la "memoria" hacia la "historia".

## Desprestigiada

Buena parte de ese nuevo relato ha tomado cuerpo en los últimos años en unas historiografía y parahistoriografía memorialistas. De corte fuertemente empirista (y no pocas veces, adanista) y aparentemente refractarios a la reflexión categórica, se trata de productos históricos por regla general de calidad dudosa, interpretativamente cuestionables (suelen basarse en el pequeño grupo de historiadores que desde hace unos años podríamos denominar la *ortodoxia del genocidio*) y de voluntad mixta: reconstrucción parcial y estática del pasado, homenaje en el presente. Autorreconocida como coherente para con estas nuevas demandas memorialistas de representación del pasado y generada en contraste a una historiografía académica y universitaria percibida como cortesana, traidora, estilista, desempática con las víctimas, aseguradora del estatus político y legitimadora del presente, la “memoria” vendría a romper el oscuro magma de silencio y olvido impuesto, entre otras fuerzas, por la “historia”.

No es una cuestión relacionada con la naturaleza o con el estatus epistémico de la memoria con relación a la narración histórica: de los diferentes significados atribuidos al sintagma en la España actual, el que lo sitúa en el tiempo pretérito queda en minoría frente a los que lo declinan en presente y en futuro. Los críticos con la historiografía “dominante” no suelen hacerlo desde sutilezas conceptuales, y cuando han entrado en el debate sobre memoria-historia, lo han hecho evidenciando falta de lecturas básicas y demasiados prejuicios (por ejemplo, considerar homogéneo un grupo de autores que incluye filósofos, sociólogos, historiadores y semiólogos por el hecho de ser franceses o trabajar en Francia<sup>4</sup>). Pero precisamente desde el conocimiento de esos debates puede observarse que la clave de todo está en que, como por otra parte es cosa bien sabida, la construcción de “memoria” lo es a su vez de identidad para el presente, un elemento basilar para el “proyecto de futuro” que no po-

cos historiadores han aceptado en el centro de sus horizontes. Desde estas premisas, el malentendido estaría servido: huérfana de horizontes emancipatorios, una parte significativa de la historiografía, en tanto que constructora de relato y como elemento del poder (Mate, 2004, p. Xli), no habría servido a la memoria, que tendría más bien “poder subversivo”, y habría traicionado por acción u omisión a las víctimas del franquismo. La historia tendría, así, un compromiso incumplido con la verdad y con las víctimas.

En realidad, el verdadero compromiso de la historiografía debería estar, antes bien, con la complejidad del pasado, y para eso las estampas de claroscuros, buenos y malos, asesinos monolíticos y víctimas angelicales, verdades absolutas y categorías cerradas emanadas desde la narración presentista tienen a veces poca validez. Pero son, básicamente, las que nutren esa nueva narración del pasado traumático de violencia. Las sutilezas analíticas y los afanes por no someter el pasado a reduccionismos o a lugares comunes serían en vano: el juicio se come al análisis. Un ejemplo si se quiere extremo de este tipo de narración sería el de Vicenç Navarro, quien apoya constantemente sus argumentos sobre el prestigio áureo de un autoproclamado exilio, y para quien habría “libros de historia que continúan ignorando la historia de nuestro pueblo”: la de la defensa popular de las instituciones democráticas en julio del 36 (una imagen buenista y tranquilizadora de una retaguardia de espontaneidad e incontrolados), la de un “terror fascista” ejercido por las “clases dominantes” contra las “clases populares”. Una negación consecuencia de una “transición incompleta” legitimada por autores que, como Lintz (*sic*), habrían puesto mordazas a la “historia real suprimida de España” garantizando una democracia incompleta y un bienestar insuficiente (Navarro, 2004).

La narración de Navarro es paradigmática de las formas, algo autocomplacientes y en última instancia tranquilizadoras, en que se ha construido el relato de la “memoria histórica”: mal absoluto, silencio, olvido y,

<sup>4</sup> Así hace en la introducción a ese libro Espinosa, 2010.

por fin, memoria, la devolución prometeica de “la verdad”. ¿Qué verdad? La de una Guerra que “ganaron los malos” pues “por cada muerto franquista, Franco mató (*sic*) a 10.000 republicanos (*sic*)”<sup>5</sup>. La definición de las víctimas como “republicanos” necesitaría de un análisis paralelo para el que se carece aquí de espacio, pero es significativo el modo en que se elevan por igual, en bloque, a la santidad laica de los asesinados por “defender la libertad”. O el de construir una imagen de la violencia fascista exclusivamente elaborada en términos de maldad y destrucción absoluta. Una imagen de alienación y heterofobia retroactiva que construye relatos moralistas, estereotipados y descomplejizadores basados en el empirismo y la elevación de las categorías éticas, bueno/malo sobre todo, a rango historiográfico; que se ha reunido en los últimos años alrededor de una categoría jurídica, el genocidio, convertida en ortodoxia. Y que, como toda ortodoxia (revisionista o memorialista, en este caso), a falta de mejores argumentos, señala, manipula, descalifica a sus interlocutores e interpreta la crítica como desafección.

No deja de ser paradójico que en un país donde las opiniones generalizadas sobre los genocidios están solo un poco por encima del nivel del tabloide, surja con fuerza una denominación de esas características. La realidad se corresponde con esa paradoja. La cuestión no es la de la validez del término, que como hemos reiterado no sirve para España no por la escasa flexibilidad de la categoría “genocidio” sino por la naturaleza y realidad de las violencias en España (Rodrigo, 2008). Tampoco los motivos que se aducen para su utilización ni la *metodología* interpretativa: una

comparación descontextualizada basada en una suerte de consenso no escrito según el cual la definición del genocidio en Argentina o Chile habría de servir para el caso español. Sólo en Andalucía habría más muertes que en todo Chile, se dice, como si el genocidio fuese una cuestión cuantitativa. Desde la sobreinterpretación a la mentira, pasando por la omisión, la reinención o falsificación, es una tendencia extendida a todo el espectro parahistoriográfico: desde quien afirma que la matanza en Badajoz en agosto del 36 fuese un anticipo de Auschwitz, hasta quien asegura que existe un vínculo genocida entre Paracuellos y Katyn, demostrando en ambos casos que sobre Auschwitz o sobre Katyn se conoce bastante poco<sup>6</sup>. Son grados dentro de una misma escala de explotación semántica y uso del pasado como herramienta política para el presente.

La cuestión fundamental, en todo caso, es que se trata de un relato coherente, al menos parcialmente, con las demandas de parte del movimiento memorialista, ligadas a la cuestión de la imprescriptibilidad de los crímenes franquistas. Como defienden hoy algunos historiadores, si hay genocidio, puede haber juicio y, por ende, no solo reparación, sino además castigo y fin de la impunidad. Lo cual abre no poco complejas cuestiones sobre la función judicial del historiador, que ya han tenido su lugar en Alemania y el Reino Unido, pero de las cuales hasta ahora España se había mantenido alejada. Fue un historiador, Francisco Espinosa, quien redactó el informe (una pieza, por otro lado, historiográficamente cuestionable) sobre el que el juez Garzón se basó para redactar su famoso auto, y hasta cuatro

<sup>5</sup> Vale aquí la máxima de que no debe permitirse a la realidad fastidiar un buen relato, pero esta proporción de V. Navarro, influyente columnista, teniendo en cuenta que se estiman en 130.000 los muertos a manos de los sublevados, elevaría a 13 las víctimas de la revolución. O al revés: considerando que hubo unos 55.000 asesinatos en la retaguardia republicana, la violencia del mismo Franco habría ascendido a 550.000.000 personas.

<sup>6</sup> *Axis rule in occupied Europe*, el libro de Lemkin que supuso la base para la articulación jurídica del delito de genocidio, no se tradujo al castellano hasta el 2008. Espinosa, en 2002, hablaba de la categoría de genocidio sin citarlo, pues no lo había leído (vid. Espinosa, 2002). Desde entonces, Espinosa ha ido perdiendo gradualmente el estatus de historiador para priorizar el de polemista, en tanto que figura historiográfica de referencia para parte de los movimientos memorialistas, a pesar de llevar comprometido en ellos, según sus palabras, solamente desde 2005.

historiadores formaron parte de la comisión de expertos llamados por la Audiencia Nacional para asesorar al juez a petición de las partes. Evidentemente, la “memoria” necesita de constructores de relato: lo que Espinosa llama “historiadores comprometidos”.

Espinosa es el más relevante de los investigadores que, desde un reconocido conocimiento empírico, se han atribuido para sí la construcción del relato *a partir de* las víctimas y bajo el signo del compromiso. También ha sido, en buena lógica, el principal mentor de esa ortodoxia del genocidio y, dentro de la misma lógica, de la crítica genérica a la “historia” desde la “memoria”. Para ello, el mismo autor que denunciaba hace años el “método Moa” ha creado un método también propio: trocear los textos de aquellos a quienes se ha decidido atacar de antemano, buscar aquellos pedazos que puedan interpretarse o malinterpretarse como desempáticos para con las víctimas de la violencia fascista en España, descontextualizarlos y, después, atribuirle al autor interpretaciones que no solamente no tienen nada que ver con lo que decía el texto original, sino abierta y explícitamente falsas, contrarias al sentido dado por el autor o, llegado el caso, abiertamente difamatorias<sup>7</sup>. Historiografía hecha, a la hora de la interpretación, de trocear, sobreinterpretar, descalificar y mentir deliberadamente, el que su virulencia verbal solo sea comparable a la de Pío Moa hace pensar si no estaremos ante dos caras de la misma moneda. Sus análisis, como los de Moa, rayan en el insulto, la burla y la caricaturización. Y posiblemente lo que subyazca detrás de la inquina personal recíproca entre ambos autores sea el que entre sí no son *adversarios*, sino más bien *competidores* por un espacio que no es historiográfico sino que se adentra en el de los usos públicos y políticos del pasado, amén de otras cuestiones metodológicas comunes -sobre todo, su extremo empirismo- evidenciadas por los que Espinosa considera, precisamente, los “hijos de Moa” (Izquierdo y Sánchez León, 2006).

Considerado como uno de los escritores de referencia del movimiento memorialista, el Espinosa polemista se ha comido al historiador. Es, en todo caso, un producto de esta era de la memoria en la que la calificación de la violencia se realiza por ósmosis conceptual y mediante sobreentendidos, en la que la noción de víctima se eleva a valor absoluto y en la que su atribución genérica como “demócratas” o “republicanos” desde el asociacionismo, desde la administración del Estado a escala nacional y regional o desde esa parte de la historiografía que habla de la conspiración antimemorial de la academia, crea una imagen del pasado estereotipada, reduccionista, simplificada y estandarizada, en la que los sujetos del pasado se reconocen con dificultad. No faltan, en este contexto, quienes se arrojan la calidad de víctima directa o indirectamente, caso de quien interpreta una emigración como exilio, de quien inventa, recordemos a Enric Marco, un paso por un campo de concentración, o de quien identifica y confunde a las víctimas reales con sus portavoces ficticios. Y tampoco faltan quienes, historiadores con perspectiva de taxidermistas, contribuyen a la deformación del pasado, de sus sujetos individuales y colectivos, de sus contextos y de sus víctimas mediante la proyección hacia el tiempo pretérito de los rostros e identidades del presente. Son grados, de hecho, dentro de una misma escala.

No es necesario estar enteramente de acuerdo con Tony Judt (2006) cuando decía que la memoria es mala acompañante en la labor de conocer e interpretar el pasado para identificar los problemas inherentes a su actual sacralización universal. Pero si no se atiende a la triple dimensión histórica de la violencia -víctima, victimario y contexto- que las arrastró a la muerte, si no se hacen distinciones entre víctima viva y muerta, si se convierten en iconos fosilizados para el presente aun a costa de retorcer sus relatos hasta hacerlos manejables, posiblemente se

<sup>7</sup> Es ese el buen sentido del que carece Espinosa al atribuirme la justificación del golpe de Estado de 1936 mediante su equiparación a la guerra civil, cuando sabe que jamás he escrito tal cosa, que se sitúa en las antípodas de lo que he investigado y publicado. Véase, al respecto, la introducción de Espinosa, 2010.

las estará condenando a la incomprensión. Sin complejidad narrativa e interpretativa no se elaborará historia sino cronología, no habrá historiadores sino notarios y cronistas, no habrá historiografía sino una “verdad” de anticuario. Es la perspectiva del taxidermista: la reconstrucción estática del pasado y su recontextualización en el espacio que se les ha elegido en el presente. Pero con ello no se contribuirá, más bien al contrario, a darle contenido al pasado, llámese historia o memoria. Y, claro está, tampoco se contribuirá a afrontar lo que originó esta era de la memoria: la necesidad de que España deje de ser una horrible excepción con el terrorífico problema de sus fosas comunes de la guerra y la posguerra.

## REFERENCIAS

- CARRERAS, J.J. y FORCADELL, C. (eds.) (2003). *Usos públicos de la Historia*. Madrid: Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza.
- ESPINOSA, F. (2002). Julio del 36. Golpe militar y plan de exterminio. En Casanova, J. (ed.). *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*. Barcelona: Crítica.
- ESPINOSA, F. (2010). *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*. Barcelona: Crítica.
- GALLERANO, N. (1995). *L'uso pubblico della storia*. Milán: Franco Angelli.
- GALLERANO, N. (1999). *La verità della storia. Scritti sull'uso pubblico del pasato*. Roma: Manifestolibri.
- IZQUIERDO, J. y SÁNCHEZ LEÓN, P. (2006). *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*. Madrid: Alianza.
- JUDT, T. (2006). *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.
- LOSURDO, D. (1996). *Il revisionismo storico: problemi e miti*. Roma: Laterza.
- MATE, R. (2004). Por una cultura de la memoria. En Acosta, G. et al. (eds.). *El Canal de los Presos (1940-1962). Trabajos forzados: de la represión política a la explotación económica*. Barcelona: Crítica.
- NAVARRO, V. (2004). La transición y los desaparecidos republicanos. En Silva, E. et al. (eds.). *La memoria de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión franquista*. Valladolid: Ámbito.
- PEIRÓ, I. (2004). La era de la memoria: reflexiones sobre la historia, la opinión pública y los historiadores. *Memoria y Civilización*, 7, 243-294.
- RICOEUR, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife-Universidad Autónoma de Madrid.
- RICOEUR, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- ROBIN, R. (2003). *La mémoire saturée*. Paris: Stock.
- RODRIGO, J. (2008). *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*. Madrid: Alianza.
- TRAVERSO, E. (2007). *El pasado: instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons.